

Lluvia de estrellas sobre el mar de esmeralda

JOSÉ ENRIQUE MARTÍNEZ

La poeta Julia Barella convierte un conocido verso de Guillén en referencia autobiográfica: «mi niñez, *fábula de fuentes*», que nos da el primer indicio de su libro *Esmeralda*: la elaboración artística de algunos recuerdos de infancia, sobre todo en la primera parte del poemario. De ahí las referencias a los años y a la memoria: «Han sido las hormigas, / volaban por el camino de los diez años»; «Ayer cayó otra helada en mi memoria». Pero quizá lo más atractivo sea convertir a esa niña en la protagonista: «Niña, con mayúscula, que origina el mejor poema de la serie: «Niña en el jardín». En realidad, poetiza los varios jardines simbólicos de la niñez que se fueron dejando atrás y que ahora se recrean: «Sólo tengo un par de horas. / para recoger la infancia». Naturalmente que no pretende recoger ni toda la infancia ni todos los jardines. La memoria es inevitablemente selectiva y, además, del naufragio la poeta salva sólo los restos que acaso siguen percutiendo en el recuerdo y en la vida.

En la segunda serie (tres poemas) los protagonistas son los ojos. Los ojos y la muerte: ojos vivos y ojos muertos; ojos vivos que adivinan su futuro en otros ojos agonizantes. La muerte a la que parece espantar (o acoger) un ab-



ESMERALDA
JULIA BARELLA.
HUERGA Y FIERRO,
MADRID, 2005. 80 PP.

nico alegórico, con un haz y un envés que aúnan vida y muerte, tierra y cielo, lo horizontal y lo vertical, el yo y el tú en una totalidad que por indecible origina algunos oxímorons: «Mi abanico aviva el espíritu de los muertos / y me hace vivir en un reino doble / fríamente caluroso».

«CCJ en los sonidos de la imagen» es la unión, por título, con libro primero de Barella, *CCJ en las ciudades* (2002). Pero representa, sobre todo, el triunfo de las formas

artísticas (cine, música, pintura, poesía) que cobran nueva forma, la de la palabra, la de la poesía, capaz de fundir sinestésicamente color, sonido y voz. No se trata, sin embargo, de la fría descripción de otras formas artísticas, sino de recrearlas, de escuchar imágenes, de ver sonidos y crear espacios de inmensidad, los que se perciben, por ejemplo, en «Sinfonía fantástica del vértigo», en la que la emoción, bajo el estímulo poderoso de la música de Berlioz, no sabe expresarse más que de forma paradójica que junta «claridad exterior y negra noche», el pasado y el infinito. Y lo mismo sucede con la música de Schönberg, en la que suena el mundo «con ritmo visual y sonidos concretos». Quizá ninguna síntesis mejor de este triunfo personalizado de las formas artísticas que los versos

finales de «Sala Kandinsky»: «Oigo la música de las formas, / su espiritualidad sinfónica». Al fin lo que cuenta es el sentimiento interior, lo que queda después de sentir y oír, en versos que me recuerdan a fray Luis: «otra música / que nos regala eternamente / su silencio». «Hacia Esmeralda», tercera parte, se inicia con tres delicados haikus. Su título nos lleva a un espacio de formación poética y humana. «Doy forma a las cosas», escribe la poeta. Son varias las experiencias que se traen al poema y con un sentimiento o conciencia afirmativos de mujer, con hermosos símiles: «No sé cuál es mi misión / y este edificio se está cayendo, / como mi corazón, / dentro de la montaña». Se trata de ir caminando hacia «Esmeralda», título de la parte final, último jardín por ahora, con varios caminos recorridos. Uno de ellos parece oponer formas y matices. «Estamos en territorios de frontera»: ¿frontera del yo y los otros? ¿de lo sensible y lo intuíble?, ¿de lo perceptible y lo imaginario? Así parece si contrastamos lo visible («veo ciertas formas en el aire»; «el libro de las mil formas») con realidades etéreas, como «gentes invisibles» «el de las alas invisibles de los dioses». La referencia a las formas es frecuente en el poemario y, en concreto, en esta última parte: «El viento es el escultor, / se recrea en las formas del mundo». Pero estamos en «Tierra de agua» (subtítulo de esta parte final) y ahí todo es móvil y escurridizo y misterioso en su profundidad; por eso hay sólo,

«*Esmeralda*
es un libro
lleno de
intuiciones
y de
sugestiones»

acaso, «algunas formas visitadas por el viento / y el silencio; / todo queda por hacer».

Esmeralda es un libro lleno de intuiciones y de sugerencias. El propio título lo indica, aluda o no a la bella gitanilla de *Notre-Dame de Paris*, pues acaba extendiendo sus redes metafóricas y simbólicas para hacer el recorrido por los ejes diferentes de una vida que va de la niñez a la posesión de la palabra artística. *Esmeralda*, niña, mujer, acaba encontrando su jardín en la palabra poética. Por eso el poemario tiene algo de libro de formación y de encuentro con las formas modeladas por el viento y el agua y moduladas por la palabra. Diríamos con un verso del libro: «Esta mujer mantiene el fuego de la palabra».



JULIA BARELLA

VER *FILANDÓN*, NÚMERO
928: 17 DE OCTUBRE DE
2004